

El criado cerró la puerta del jardín sin hacer ruido, y caminando sobre las puntas de los piés, se dirigió, seguido del embozado que marchaba con las mismas precauciones, hácia una puerta gótica bastante alta; la abrió con mucho cuidado, y penetró en una capilla, iluminada entonces por una lámpara.

—Aquí puede vd. ocultarse.

Le dijo indicándole una especie de sacristía.

—Pero ¿no entrará nadie en ella?

—Nadie.

—Perfectamente.

Dijo el embozado penetrando en el sitio señalado.

—Ahora, hasta luego: suplico á vd. que nadie llegue á saber que yo le he abierto á vd. la puerta.

—Pierde cuidado.

—Adios: oigo ruido: sin duda se acercan.

Y desapareció dejando al hombre que había conducido, entregado á la inquietud y á sus meditaciones.

CAPITULO XVIII.

En la capilla.

Cinco personas se encuentran reunidas en una brillante y bien adornada sala: dos bellísimas mujeres, vestidas lujosamente, dos caballeros con traje negro cortado á la moda, y un sacerdote de aspecto venerable que revela en sus nobles facciones la pureza de una alma evangélica.

En el apacible y hechicero rostro de la mas jóven de las mujeres, se ven pintados el dolor, la resignacion y el sentimiento.

En el de la de mas edad, aunque jóven aún y hermosa como la primera, se retratan la gratitud, el cariño y el pesar.

A sus bellísimos ojos, velados por el tin-

te de la melancolía, ojos dulces y apacibles que no aparta un solo momento de la jóven sensitiva, asoma de vez en cuando una lágrima de dolor que se apresura á enjugar con el blanco pañuelo que sostiene en su torneada mano, antes de que alguno llegase á advertir que lo secaba.

Sin embargo, esto no era fácil.

La vista del mas anciano de los dos caballeros, se fijaba con frecuencia en las angélicas mujeres, con un interes y una ternura que contrastaban con la mirada severa del otro, en cuyo aspecto duro y desapacible se traslucian el temor, la inquietud y la ira.

Solo el respetable sacerdote permanecía tranquilo y retirado, ocupado en rezar algunas páginas de un humilde breviario.

Un silencio sepulcral reinaba en toda la sala.

La mas profunda tristeza velaba los semblantes de los cinco personajes; y á no ser porque el blanco y vaporoso trage de la jóven contrastaba con el pesar impreso en todas las fisonomías, cualquiera hubiese

creido que en aquel sitio tenia lugar la triste escena de un duelo.

Parecia que la melancolía, la desgracia y el pesar, se habian disfrazado por ironía con el ropaje del placer y del contento.

—Mucho tarda el doctor, señor Duval.

Dijo rompiendo el silencio el mas anciano de los caballeros.

—Sí, señor Landeta:—contestó el interpelado procurando disimular su inquietud.—Tal vez alguna ocupacion imprevista y urgente le habrá impedido venir á la hora convenida.

—Yo lo siento—advirtió D. Emilio—por el padre Enrique, por este digno sacerdote á quien estamos robando un tiempo que tal vez lo tendria dispuesto para cumplir con otras obligaciones de su ministerio.

—No estén vdes. mortificados por mí, señores:—contestó el ministro del altar con la mayor dulzura:—mi deber es permanecer donde soy necesario, sin contar el tiempo que transcurre.

Y continuó leyendo.

—Si á vd. le parece—dijo Landeta diri-

jiéndose á Duval—podemos, puesto que el padrino no se presenta, diferir la ceremonia para otro dia.

En el rostro de las dos hermosas brilló la alegría.

—De ninguna manera:—contestó Duval.—Retardar un dia mas la ceremonia, seria condenarme á un siglo de indecibles tormentos.

Y Duval dirijia á cada instante la vista hácia la puerta para ver si entraba Willey.

Pocas horas antes, como el lector ha visto en otro capítulo, se habian dirijido por la calle de Manzanares, envueltos en sus capas, hácia la casa de Doña Anita, para saber si se habia apoderado del cuaderno.

Despues los vió detenerse en una esquina; quedarse en ella al doctor esperando á Duval á que volviese de visitar á la antigua mercachifle; á poco reunirse, y por último, separarse, marchando el doctor á casa de Doña Cruz, donde Doña Anita habia dejado el cuaderno, segun le dijo Duval, y á éste en direccion al edificio en que vivia Clotilde, donde debia efectuarse su casamiento.

Pero habian trascurrido ya dos horas desde ese momento, y Duval no sabia á qué atribuir aquella tardanza.

¿Habia tenido lugar algun contratiempo?

Si Duval hubiera visto que habian sido seguidos por un hombre, como lo vió el lector, y que aquel hombre que habia escuchado parte de la conversacion de ellos, desapareció de repente antes de que se separaran, sin duda que se hubiera alarmado con aquella tardanza, creyéndola originada por algun lazo puesto por el misterioso personaje; pero Duval nada vió, y por lo mismo no abrigaba ningun sério temor que le sobresaltase.

La tardanza de Willey la atribuía á no haber encontrado á Doña Cruz en su casa, y á haberla tenido que esperar.

¿Y era cómo él se imaginaba?

¿Nada, en efecto, le habia sucedido á Willey?

¿El hombre á quien vimos en Manzanares seguir al doctor y á Duval, escuchar su conversacion y desaparecer luego, no era

ninguno de los muchos enemigos ocultos que tenia Willey?

¿No era ninguno de tantos ofendidos, y en cuyo corazon hubiese despertado los zelos con su conducta poco respetuosa con las mujeres que tenian amante ó esposo?

¿No habia despertado el deseo de venganza en el corazon de ningun hombre del bajo pueblo, como habia despertado en D. Margarito, el amante de la Federacha?

Mas adelante lo sabremos.

Lo único que podemos decir es, que Duval estaba impaciente con aquella tardanza, que solo bendecian interiormente Inés y Clotilde.

—Pues no parece—dijo D. Emilio despues de un gran rato viendo que el doctor no llegaba.—Tal vez se haya enfermado de repente y no pueda venir.

—Entonces me hubiera enviado un recado dándome parte de su indisposicion.

Advirtió Duval.

—Es verdad. O tal vez haya sido llamado á última hora por algun enfermo de gravedad.

—Puede ser muy bien.

—De esa manera, ¿no le parece á vd., como antes dije, que suspendamos la ceremonia hasta mañana?

Inés y Clotilde se dirijieron una mirada de esperanza.

—Al contrario;—exclamó Duval:—yo le suplico á vd. que no se retarde un solo momento.

—¿Cómo!

—Suplicándole á vd. se digne servir de padrino.

Las dos hermosas palidieron de espanto.

—Si vd. cree que el señor Willey no se dará por ofendido, por mí no hay inconveniente.

—Cuento desde ahora con su beneplácito—
Exclamó Duval.

—Siendo así, podemos dirijirnos á la capilla.

Contestó D. Emilio levantándose de su asiento, y dando el brazo á su hermana.

Duval iba á ofrecer el suyo á Clotilde, cuando se presentó el doctor.

—Llega vd. á buen tiempo:—le dijo Landeta cediéndole el honor de acompañar á Inés:—le iba ya á usurpar á vd. sus derechos.

Duval se acercó con disimulo á Willey, y le dijo al oído.

—¿Encontró vd. á Doña Cruz?

—Sí.

—¿Y el cuaderno?

La presencia de D. Emilio, que se aproximó á ellos, impidió contestar al doctor.

—¿Vamos, señor Duval?

Dijo Landeta poniéndose á su lado.

—Vamos.

—Y á vd., señor doctor, tengo la honra de cederle el derecho que le iba á usurpar por su tardanza: á vd. le corresponde dar el brazo á la madrina.

Y D. Emilio cedió á Willey la honra de acompañar á su hermana.

Esto impidió que el doctor y Duval se hablasen.

—Marchemos, pues.

Exclamó Duval, tratando de no retardar

ni un solo instante su felicidad; y rebosando satisfaccion, ofreció su brazo á la hermosa Clotilde que, al apoyarse en él, se estremeció de horror.

Pálida, temblando y comprimiendo los suspiros que intentaba exhalar su angustiado pecho, bajó á la capilla, que los criados habian iluminado profusamente.

Clotilde tembló al acercarse al altar, como tiembla el tímido cervatillo á la vista del lobo devorador que ha de destrozarle.

Inés le miraba con cariñosa compasion, y como ella temblaba tambien al considerar en los terribles votos que le obligaban á pronunciar, sin ver que desgarraban su alma.

Entre tanto el padre Enrique se habia revestido, y colocándose con su libro enfrente de los que debian enlazarse para siempre, les dijo que se diesen la mano derecha.

Duval alargó la suya con impaciencia y satisfaccion, viendo próximo el instante anhelado por él.

Clotilde extendió tímidamente su torneada mano; pero al sentir el contacto abraza-

de la del hombre que aborrecia, quiso retirarla espantada, pero no pudo: la de Duval le habia asido con tal fuerza, que era imposible separarla.

Entonces la infeliz dirijió á la amorosa Inés que la contemplaba con el cariño y el dolor de una madre, una de esas dulcísimas miradas suplicatorias que envía el ánima affigida en sus instantes de tribulacion demandando piedad, socorro y compasion á las personas que se interesan por su suerte.

Aquellas dos angélicas mujeres se comprendieron, y los ojos de la una y de la otra se cubrieron de lágrimas.

Pero aquel llanto era ya estéril.

El paso estaba dado, y era imposible retroceder.

Clotilde se acordó en aquel momento de Leopoldo, y el corazon se le oprimió dentro del pecho.

¡Sufria horriblemente!

La infeliz le amaba como nunca le habia amado, y se veia obligada á renunciar á él para siempre!

Esta idea que no se apartaba un instante

de su memoria, le habia afectado de una manera profunda que quebrantó su salud.

Su cabeza ardia con los sintomas de la fiebre, mientras su corazon se hallaba helado con el frio del terror.

Sin embargo, permanecia serena y resignada, resuelta á consumir el sacrificio por salvar la honra de su protectora.

Era el ángel de la gratitud vindicando el limpio nombre de la Caridad y destruyendo la calumnia que en alas de la murmuracion amenazaba emponzoñar la limpia atmosfera que respiraba su bienhechora.

El padre Enrique, despues de haber leído las obligaciones que cada uno de los cónyuges iba á contraer, se dirijió á Duval preguntándole si tomaba por esposa y compañera á la jóven Clotilde.

—Sí.

Contestó con voz firme y robusta el digno socio del doctor, irradiando de alegría y de satisfaccion sus ojos.

La jóven se estremeció como el reo al escuchar la sentencia de su muerte.

El ministro del Señor se dirigió á Clotilde, y le hizo la misma pregunta.

La desdichada expósita miró á todas partes afligida, titubeó un instante, se puso pálida como la muerte, y no pudiendo resistir á la opresion aguda que lastimaba su pecho y le quitaba la respiracion, apoyó su lánguida cabeza en el hombro de la tierna Inés que estaba á su lado, sin que los fuertes y violentos latidos de su corazon le permitiesen contestar.

Duval se mordió los labios de impaciencia.

Landeta temió una negativa que manifestaria que habia violentado su voluntad.

Wiley disimuló su enojo; y el sacerdote, interpretando á rubor y miedo natural lo que no era sino una indisposicion fisica originada por la afeccion moral, la volvió á preguntar con la mayor dulzura, si recibia por esposo y compañero al señor Duval.

Clotilde levantó su abrasada cabeza, volvió á mirar á todas partes triste y afligida: pero viendo que no quedaba otro medio de salvar la honra de su protectora sino unién-

dose al hombre que detestaba, iba á responder afirmativamente, cuando salió un jóven precipitadamente de la sacristia, llevando un cuaderno en la mano, y pronunciando agitado estas palabras:

—¡Esperad, esperad!

Los ojos de todos se fijaron en el nuevo personaje con singular asombro.

—¡Nuñez....!

Exclamó Inés, no siendo dueña de reprimir su alegría.

—¡El mendigo de S. Angel.

Dijo á su vez Duval mordiéndose los labios y reconociendo al pordiosero que le pidió limosna en el átrio de la iglesia.

—Sí; hoy el salvador arcángel es de la honra y la inocencia, y causa de tu impaciencia, el mendigo de San Angel.

—Pero ¿qué significa esto?

Preguntó Landeta absorto de lo que pasaba y sin comprender el sentido de aquellas palabras.

—Esto significa—respondió Nuñez poniendo en manos de D. Emilio el cuaderno

ensangrentado de que se apoderó la noche en que fué herido—que el Supremo Juez no deja jamás de premiar la virtud, aunque antes haya puesto á prueba los quilates de ella; que la inocencia triunfa al fin de la maldad, y que las densas nieblas de la impostura se desvanecen ante la luz de la verdad, como los negros vapores que se elevan de la tierra á los fulgentes rayos del sol abrasador. Un solo abtáculo se oponia al enlace del mas recomendable de los hombres con su hija adoptiva de vd.: ese abtáculo que era la mancha que se creia empañaba la limpia honra que distinguió siempre el apellido de los Cabrereras, desaparece con la lectura de este cuaderno abogado sincero de la virtud y acusador del verdadero criminal.

—¡Gracias, Dios mio, gracias....!

Exclamó Clotilde arrojándose en los brazos de Inés y sintiéndose desfallecer por la emociion de excesivo placer que embargaba su alma.

Don Emilio se puso á leer el cuaderno en las páginas que le señaló Nuñez.

En el rostro de Duval se pintaron la rabia y la desesperacion.

El doctor dirijió á Nuñez una mirada terrible y amenazadora.

Y el padre Enrique comprendió lo que pasaba.

—¡Oh! ¡qué acabo de leer!—exclamó Landeta manifestando un intenso regocijo.—¡Mi amigo, mi buen amigo Cabrera es inocente! ¡Ah! ¡apenas puedo creer en la felicidad que me causa esta satisfaccion!

Aquella manifestacion de placer llevó la esperanza al corazon de Inés, que estrechó contra su pecho á Clotilde.

—Pero ¿quién nos responde—advirtió Duval—de la autenticidad de ese manuscrito? ¿quién nos asegura que lo que contiene no es una invencion fraguada con el fin de sorprender la buena fé de vd. y destruir el enlace que constituye mi felicidad?

—¡Cómo!—exclamó Nuñez.—¿Seria vd. capaz de suponerme autor de una superchería?

—Yo no he tratado de inferirle á vd. esa

ofensa; pero puede vd. haber sido tambien sorprendido y....

Landeta vaciló con esta observacion. Sin embargo, su corazon, siempre noble, estaba inclinado á la indulgencia y al perdon.

—Bien—advirtió Nuñez;—yo no quiero que se dé crédito á la verdad que me acompaña; pero sí suplico al señor Landeta que suspenda, porque lo creo prudente, una ceremonia en que se atropella la voluntad de la mas recomendable y virtuosa de las jóvenes, hasta persuadirse de mi impostura ó de mi lealtad.

—Esa observacion—contestó D. Emilio—la encuentro muy prudente, y prometo acatarla.

Clotilde envió una mirada de tierna gratitud á aquel hombre á quien amaba como á un padre, y que le volvía á abrir las puertas de la esperanza.

—Vea vd., señor D. Emilio—dijo Duval con mal reprimido enojo—que aquí solo se trata de alargar el plazo por algun infame que abriga siniestras miras, y que ese retardo puede ser perjudicial á todos.

—Conozco, señor Duval, la justicia de la impaciencia de vd.—contestó Landeta;—pero vd. convendrá en que seria un acto injustificable el de un padre que se expusiese á pasar por injusto y tirano, por no esperar unos cuantos dias para la aclaracion de un asunto como el presente.

—Ni yo—añadió el digno sacerdote—podria bendecir una union para la cual he visto con asombro alguna repugnancia en una de las personas contrayentes; en la mas débil, y á quien por lo mismo me encuentro en el caso de proteger.

Duval se puso blanco como el papel.

Inés y Clotilde se miraron con ternura, y se estrecharon la mano con indecible placer.

—Igual deber me acompaña como hombre y como padre:—exclamó Landeta;—y le suplico al señor Duval, que por su parte, tenga la bondad de obsequiar el deseo de todos.

Duval disimuló la rabia y el encono que le devoraban, y contestó dejando asomar á sus lábios una sonrisa forzada.

—Tengo suma satisfaccion en complacer á vdes.

Clotilde, afectada por las encontradas y terribles emociones que en el espacio de breves instantes habian combatido su alma, no tuvo fuerzas para resistir la profunda y grata sensacion que embargó su pecho al escuchar aquellas palabras, y cayó sin sentido en los brazos de Inés que la estrechó contra sí, impidiendo que cayese en tierra.

Landeta y el sacerdote acudieron en su auxilio.

Duval, aprovechando aquel instante de confusion, se acercó al doctor y le dijo al oido:

—¿No me dijo vd. que habia ido por el cuaderno?

—Y es cierto.

—¿Pues cómo se encontraba en poder de ese hombre?

—Porque fué por él momentos antes que yo, segun me dijo Doña Cruz.

—¡Momentos antes!

—Sí señor, momentos antes, y fingiendo un recado de Doña Anita.

—¡Ah! ¡nos ha perdido ese hombre!

—Bien le decia yo á vd., que el cielo protege á Leopoldo.

—Pues es preciso que le reciba el infierno en sus abismos.

—¿Cómo!

—Escuche vd.

Y Duval pronunció algunas palabras al oido de Willey.

—Está muy bien.

Dijo el doctor despues de oirlas.

—Confio en la osadía y talento de vd.

—No dejaré burlada su esperanza.

Y el doctor desapareció sin que nadie advirtiese su salida.

—¡Dios mio.... Dios mio!

Exclamó con lánguida y débil voz Clotilde, volviéndo de su parasismo.

—¿Qué tienes, hija mia?

Le preguntó Inés besándola en la frente.

—¡Oh! la felicidad me ahoga.... siento oprimido el corazon, y que mi cabeza se abrasa....

—¡Ven, ven á tu cuarto, querida Clotilde.

de;—le dijo D. Emilio dándole el brazo para que se apoyase en él:—¡Nada temas!

Y la jóven, admitiendo el favor de D. Emilio, se dirigió despacio y devorada por la calentura, hácia sus habitaciones.

Nuñez que acompañaba á la hermosa Inés, al entrar en la sala notó la desaparicion del doctor, y bastó á su viva comprension esto, para que sospechara que se fraguaba algun crimen.

Una sonrisa de satisfaccion infernal que sorprendió en los lábios de Duval, le afirmó en su creencia: entonces ya no quiso perder un instante, tomó el sombrero que habia dejado sobre una silla, y se dispuso á salir.

—¿Nos deja vd. tan pronto?

Le preguntó Inés.

—Tengo ese sentimiento, pero me es indispensable: mi deber reclama mi presencia en otra parte.

Y despidiéndose con una finura y franqueza distinguidas, salió á la calle pronunciando estas palabras:

—Yo sabré á donde á ido ese doctor; y si algo intenta sabré estorbárselo.

Y Nuñez, acariciando en su mano la pistola que le regaló D. Juan la noche del concierto, y que llevaba en el bolsillo, tomó, sin titubear, el rumbo de la casa de D. Rafael.

Sabia que en ella estaba Leopoldo, y sospechó que se intentaba algo contra éste último, en el momento en que saliese á la calle.

Ya ve, pues, el lector, que Nuñez no habia muerto, como lo imaginó Félix al oír en la nevería de Tlalpam, las señas que daban de un jóven que se habia encontrado asesinado en el callejon de Mecateros.

Lejos de eso, parecia que Dios velaba por la existencia de aquel jóven, eligiéndole de instrumento para que triunfase la virtud.

El fué el mismo que el lector vió seguir á Duval y á Willey, cuando éstos se dirijian á casa de Doña Anita, y quien habiendo oído, oculto detras de la puerta y escuchando por la cerradura, la conversacion entre Duval y la mercachifle, corrió á ver á Doña

Cruz de parte de su amiga, para que le entregase el cuaderno que suspendió la union de Clotilde con Duval, presentándose en la capilla en el momento en que la jóven iba á consumir su sacrificio.

Nuñez, pues, habia detenido el golpe que hubiera desgarrado el corazon de su amigo Leopoldo y emponzoñado la existencia de la mujer que amaba.

Duval disimuló, como hemos visto, su ira, y habló en secreto algunas palabras con Willey, quien desapareció al instante, y tras el cual vimos salir tambien á Nuñez.

Suspendida de esta manera la ceremonia, Duval se dirigió á su casa maldiciendo su destino, y Clotilde penetraba en su lecho, presa de una terrible fiebre, originada por la terrible lucha de afectos que habian combatido su corazon en la capilla, y que alarmó sobremanera á la desventurada Inés.

CAPITULO XIX.

Consecuencias del juego.

Para caminar en nuestra historia con el órden y claridad que el escritor no puede prescindir de guardar por ningun motivo, y para enlazar los mas ligeros detalles de manera que marchen unidos y eslabonados como partes que concurren á formar el asunto, preciso es que retrocedamos algun tiempo de nuestra historia, y nos traslademmos al último dia de la fèria de Tlalpam.

El lector recordará la noche aquella del último dia en que Willey, impulsado por una pasion satánica y criminal, y despues de bajar del ómnibus en que vino de Tlalpam, penetró en casa de la hermosa Elisa,